

**Gareth Stockey, *Valley of the Fallen, the (n)ever Changing Face of General Franco's Monument*. Nottingham: Critical, Cultural and Communications Press, 2013, 109 pp.**

Gareth Stockey, profesor de la Universidad de Nottingham representa muy bien la generación anglosajona de historiografía a la que pertenece. Sus trabajos están cuidados narrativamente y bien estructurados. Durante estos años ha puesto el foco de estudio en diversos temas que van desde la sociedad gibraltareña hasta cuestiones culturales novedosas como el turismo, la memoria o el deporte.

En esta ocasión, Stockey se atreve con un estudio que nos acerca a la problemática simbología del Valle de los Caídos. Al tanto de los debates europeos sobre el pasado del siglo XX, Stockey inscribe su estudio en la representación de la Guerra civil española y la discusión política, social e historiográfica que ha tenido lugar en España en los últimos años.

Este trabajo se une a la línea de otros análisis que entienden los monumentos como documentos históricos, como “lugares de memoria” a través de cuyo estudio se puede obtener información importante sobre la “memoria colectiva” de una comunidad. Por ello, en la introducción ya se nos advierte que el Valle de los Caídos ha de ser entendido como una fuente material, histórica y viva al mismo tiempo, que ha de ser examinada a través de su simbología implícita y explícita e inscrita en el “universo cultural” en el que fue construido (p. 27).

El debate sobre qué significado debe tener el Valle de los Caídos en la España del siglo XXI tomó un fuerte impulso cuando el 29 de noviembre del 2011 una comisión de expertos, encargada por el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, presentó un informe sobre qué consideraciones debían hacerse para intervenir en el Valle. Inmediatamente se suscitó una discusión, donde el Partido Popular, la Asociación para la defensa del Valle de los Caídos, la Conferencia Episcopal y la orden de los Benedictinos, que gestionan la basílica, defendieron la necesidad de mantener el monumento sin modificaciones. Ellos interpretaban e interpretan, que el monumento representa ya un lugar de reconciliación. Sin embargo, las sombras que rodean este monumento en torno al empleo de mano de obra esclava en su construcción, el entierro sin el consentimiento familiar de miles de republicanos y el significado que el franquismo imprimió al término “caídos” hacen imposible una narrativa consensuada. Como destaca Stockey, no podemos pasar por alto a la hora de interpretar el significado del monumento, que salvo la inhumación de Francisco Franco, no se ha vuelto a producir ninguna intervención material en el Valle de los Caídos desde que fue abierto al público en 1959. Stockey pone especial énfasis en este punto a la hora de entrar a analizar el debate sobre los cambios oficiales en el discurso sobre el monumento y sobre lo que Paloma Aguilar ha definido como una “calculada ambigüedad” buscada por el franquismo, para el conjunto del monumento (p. 28).

A lo largo de las primeras páginas del libro, Stockey realiza una descripción de ese “universo cultural” del primer franquismo donde fue concebida su construcción y sin el cual no podemos interpretar adecuadamente la obra. Con acierto, demuestra que la simbología franquista, que articula su representación del pasado y que empapa toda la esfera cultural en la que se conciben los monumentos de conmemoración de la Guerra,

está dirigida a la división permanente de la sociedad española en vencedores y vencidos (p. 31). Hay todo un conjunto de valores culturales que son tomados por el franquismo, como la religión o el imperio, para hacer de Franco el mejor representante de esa tradición y lanzarlo contra visiones alternativas categorizadas dentro de la anti-España. Aunque es cierto que el monumento tarda en construirse veinte años y en el transcurso de los mismos se produce un cambio en la representación franquista del pasado en el que al relato de cruzada se le agrega el de la reconciliación, es en este “universo cultural” del primer franquismo en el que fue concebido el monumento y desde el cuál deberíamos interpretarlo.

Para ilustrar con ejemplos este “universo cultural” del que nos habla Stockey nos narra una visita al Valle de los Caídos haciendo una descripción de toda la simbología que contiene. Uno de los elementos que más llaman la atención es que la propia Cruz de los Caídos representa además de una cruz, una espada que nos traslada a la tradición occidental de conmemoración militar. Otro elemento a tener en cuenta son los ángeles que custodian a los muertos, que pueden ser interpretados como los vigilantes de la causa franquista, acompañándolos en esta representación maniquea de la cruzada que también encontraríamos en las pinturas y tapices del Siglo de Oro que representan la lucha de Cristo contra el demonio, el triunfo de la Iglesia católica frente al ateísmo, o en su contexto, España contra la anti-España. En realidad, es interesante comprobar que en varios de estos tapices se representa al demonio como a un monstruo de varias cabezas, lo que recuerda mucho a lo que los profesores Peter Linebaugh y Marcus Rediker denominaron “la hidra de la revolución”, como símbolo representativo de la lucha contrarrevolucionaria.<sup>1</sup> Estos elementos son muestra, en definitiva, de la voluntad franquista de transmitir un conjunto de imágenes que, en opinión de Stockey, difícilmente pueden ser calificadas de reconciliadoras.

Tras habernos empapado del contexto en el que fue concebido y de la simbología que contiene, Stockey nos proporciona una buena cantidad de información sobre cómo el monumento ha sido presentado al público. En este sentido observa dos discursos muy diferenciados, el que estaba dirigido a los visitantes españoles y a los turistas extranjeros.

A través de las diferentes guías de información que se iban ofreciendo a los visitantes, Stockey demuestra que la representación que se proporciona a los extranjeros está dirigida a entender el lugar como un lugar de reconciliación, lo que se hace en parte para esconder su origen: la victoria en la Guerra Civil española, donde habían colaborado alemanes e italianos. De hecho, llama la atención el interés del franquismo en que el monumento fuese visitado por líderes extranjeros como como Konrad Adenauer o Haile Selassie. Mientras el franquismo propagaba al extranjero un discurso reconciliatorio e interesadamente descontextualizado, el discurso dirigido a los españoles todavía contenía elementos fuertemente propagandísticos, adoctrinadores y divisorios propios del relato de la “cruzada”. Esta fuente de información, significativa y novedosa, nos revela que cuando cae el régimen franquista, el discurso que se transmite a todo el público es el que desde el principio se presentó exclusivamente a los visitantes extranjeros. Uno de los elementos que queremos destacar, es la originalidad de Stockey, al proponerse analizar cómo este discurso que entendía el monumento como

---

<sup>1</sup> Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *La Hidra de la revolución, marineros esclavos y campesinos en la historia oculta del atlántico* (Barcelona: Crítica, 2005).

reconciliatorio tiene una fuerte aceptación en los corresponsales que trabajan para diversos medios extranjeros.

Desde la transición española, esta narrativa se mantiene. De hecho, las guías turísticas que se venden en la basílica y que dependen de Patrimonio Nacional han variado muy poco desde la muerte de Franco, a quién en el 2008 siguen refiriéndose como “antiguo jefe de Estado”, diluyendo su excepcionalidad e introduciéndolo en la normalidad de las formas institucionales españolas.

Según Stockey, los argumentos para oponerse a modificar este espacio se sostienen solo si entendemos que no es un monumento “partisano”, lo que equivale por un lado a minimizar la importancia de Franco tanto en su construcción como en su sepultura y por otro, magnificar su consideración como monumento que forma parte fundamentalmente del patrimonio nacional y un lugar religioso. Las interpretaciones franquistas de la basílica como un monumento nacional y no nacionalista han permeado en la sociedad española hasta tal punto que tres miembros de la comisión que participaron en la elaboración del informe encargado en 2011 por el Gobierno del PSOE, adjuntaron un documento en contra de la recomendación de sacar a Franco de la cripta, ya que esto radicalizaría a la opinión pública e iría, por tanto, en contra del espíritu de reconciliación.

Como afirma Stockey, y como pone de manifiesto en las conclusiones, el Valle de los Caídos solo puede ser entendido como un monumento de reconciliación si uno se aproxima o interpreta su simbología sin el contexto que proporciona el “universo cultural” en el que fue concebido, construido, presentado y representado (p. 90). Ningún elemento se puso al azar, ningún objeto fue modificado. La ideología que impregna la arquitectura y la simbología de la basílica ha permanecido inalterada desde entonces propagando el mismo mensaje de cruzada. De hecho en su interior, cerca de la sacristía, todavía puede leerse: “Caídos por Dios y por España”.

Ante una paz y una reconciliación construida bajo el dominio de quién ganó la guerra, efectivamente, solo la descontextualización histórica puede hacer que estos discursos hegemónicos no sean cuestionados. Por ello es tan importante la labor del historiador en la búsqueda de ese contexto, algo que Gareth Stockey consigue con notable éxito en esta obra.

Sergio Murillo Gracia  
Universidad de Zaragoza  
smgracia@unizar.es

Fecha de recepción: 30 de noviembre de 2016.

Fecha de aceptación: 12 de diciembre de 2016.

Publicación: 31 de diciembre de 2016.

Para citar este artículo: Sergio Murillo Gracia, “Gareth Stockey, *Valley of the Fallen, the (n)ever changing face of General Franco’s monument*. Nottingham: Critical, Cultural and Communications Press, 2013, 109 pp.”, *Historiografías*, 12 (junio-diciembre, 2016): pp. 182-185.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/12/murillo.pdf>